

# El rostro más especial de Venezuela: Jacqueline Saburido

Es el rostro venezolano más universal en los últimos años. Su mensaje se lee en varios idiomas; su presencia ha impactado a la popular conductora Oprah Winfrey en uno de los programas más vistos en la televisión de Estados Unidos y su correo electrónico se satura de mensajes: ¿Qué tiene Jacqui? ¿Por qué la conoce el mundo? ¿Por qué Venezuela debería re-conocerla?

Un extenso expediente médico ha puesto a Jacqueline Saburido a punto de ser candidata al primer trasplante total de rostro que pudiera realizarse en el mundo. Sobrevivir, de la mano de su padre, se ha convertido en su gloria cotidiana. Todo se lo debe al destino, tal vez, o a un conductor ebrio que no acabó con su vida, pero la transformó para siempre.

Es inevitable. Quienes conocen su caso, pasean una y otra vez la mirada entre el bello semblante sonriente y afilado de la caraqueña de 20 años que se fue a estudiar inglés en Texas, en 1999, y la imagen posterior.

La campaña “Antes y Después” del Departamento de Transporte de Texas ha sido reconocida, desde el año 2003, como una de las mejores estrategias para alertar sobre las consecuencias de conducir en estado de ebriedad (Don't drink&drive... ever: No tomes y manejes...nunca). El impacto se debe, principalmente, a la figura central: la venezolana Jacqueline Saburido García.

Cientos de sitios en Internet describen su caso en varios idiomas y siguen paso a paso su existencia, desde aquel accidente. En Venezuela, pocos medios se han referido a Jacqueline y, aun cuando por su iniciativa se han organizado algunas presentaciones en escuelas de Caracas, hasta ahora no se conoce masivamente su campaña.

Es creyente. En reiteradas ocasiones ha manifestado que Dios la dejó vivir para cumplir una misión especial. ¿Será su propio país ajeno a este propósito? Las cifras confirman que Venezuela se ubica en el número uno en consumo promedio de alcohol y el escenario del mayor número de muertes en sucesos viales, en América Latina.

Un simple recorrido por las calles de Caracas, de Mérida, de Maracaibo, de Maturín, de Barquisimeto, corrobora esta realidad: muchos venezolanos beben en exceso... y conducen. ¿Quién recuerda alguna campaña contundente para crear conciencia sobre los riesgos? ¿Quién tiene presente el rostro y las palabras de Jacqueline, cuando usurpa el volante luego de una noche de copas?



Jacqueline Saburido, adolescente en Caracas.

La historia no tiene tintes ajenos. Era una venezolana común, alegre, bailadora, bonita, con ratos de rebeldía adolescente, amigos, fiestas, obsesiones, sueños... como cualquier joven de este país. A pesar de sus más de 50 operaciones para recuperar sus órganos vitales, habla con claridad, en inglés y en español (uno que otro giro caraqueño) y ha tenido el coraje de aparecer públicamente para detallar su experiencia.

“No todo el que es chocado por un conductor ebrio, muere”. Así advierte la frase promocional de la campaña. Jacqueline vivió. Sobrevivió, para contar su historia.



### Salsa, merengue y amigos

Jacqueline Saburido estudiaba Ingeniería Industrial, en Caracas, en 1999, cuando decidió hacer un paréntesis para ir a tomar cursos de inglés a Estados Unidos.

Sus padres, Amadeo y Rosalía, se habían separado tres años antes y ella vivía con su progenitor, gozando algunas bondades especiales: Jet Ski, carro nuevo, belleza, juventud y un presupuesto generoso, gracias a la fábrica de aire acondicionado, de su familia.

Lista para iniciar clases en Austin, la capital de Texas, aunque con un extraño presentimiento, Jacqueline se despidió de sus padres en Maiquetía, el 20 de agosto de 1999.

Aún no había transcurrido un mes, cuando la venezolana ya había entablado amistad con Johana Gil y algunos compatriotas, residentes

en la capital de Texas. Animada a quedarse un semestre, se mudó a un apartamento propio. El 18 de septiembre, convenció a su amiga de acompañarla a una fiesta, en el lago Travis, a las afueras de la ciudad.

Amigos, sonrisas, diversión. En la fiesta, vieron la pelea de Oscar de la Hoya contra Félix Trinidad, se tomaron fotos, bailaron, y Jacqui, quien bebía poco, se percató de que era hora de regresar, según la detallada historia que la misma venezolana le contó a David Hafetz, del *Austin American Statesman*.

Natalia Chyptchak, una amiga rusa, que se observaba en buen estado para manejar, se ofreció a llevar a algunos asistentes, de regreso a casa, en su Oldsmobil 98 Regency. Jacqueline iba en el asiento delan-tero, Johana y otros amigos en la parte trasera. Pasaban de las 4 de la mañana. A algunas millas, por el oscuro camino RM2222, Reggie Stephey regresaba en su camioneta GMC Yukon, de otra fiesta, con sus 18 años y 1.3 grados de alcohol en la sangre (el nivel permitido es 0.8). Todo fue tan rápido.

El conductor abalanzó su camioneta sobre el auto de los jóvenes, lo que causó la muerte instantánea de la conductora, Natalia, y de Laura, una amiga colombiana que iba en la parte trasera. Johanna y Carlos, el festejado, habían quedado heridos en la parte posterior del auto.

A los pocos minutos, apareció una unidad de rescate. Luego de sacar a los heridos, y notificar las fatalidades, los bomberos notaron unos gemidos, que se iban transformando en gritos desesperados. Era Jacqueline, atrapada entre el motor y el asiento, sintiendo que las llamas estaban a punto de invadir su cabeza.

Mientras intentaban forzar las láminas y el asiento, en efecto, el fuego encendió la cabellera, el rostro y fue extendiéndose por el cuerpo de la venezolana. Los lastimeros gritos de dolor se apagaron “gracias a Dios”, llegó a

*Jacqueline Saburido es la víctima inocente de un conductor ebrio. Más allá de su rostro, su voluntad, su fuerza, su preocupación por los jóvenes del mundo, la han convertido en un ser humano especial.*



Antes y después, la campaña de mayor impacto contra conductores ebrios.

decir uno de los rescatistas, pensando que finalmente la infortunada víctima había sucumbido.

Extinguidores, grúas, ambulancias, patrullas, helicópteros. Reggie Stephey, quien resultó ileso, se quedó dormido en la patrulla que lo trasladaba, mientras Jacqueline era llevada con un último aliento de vida a la Unidad de Quemados de Galveston, Texas, con lesiones de tercer grado en 60 por ciento de su cuerpo.

Apenas 45 segundos estuvo expuesta al fuego. Tardaría 5 meses en despegarse de la

fisonomía, mientras estuvo internada. Tras someterse a decenas de operaciones para tratar de salvar algo de sus afectados ojos, nariz, boca, cuello, orejas, manos, sus padres tuvieron que ayudarla a enfrentar cada pregunta, producto del dolor físico y espiritual: “No siento mis dedos, papi. ¿Cómo me veo, mami? ¿Por qué? ¿Por qué a mí? No quiero vivir ¿Por qué no morí?”

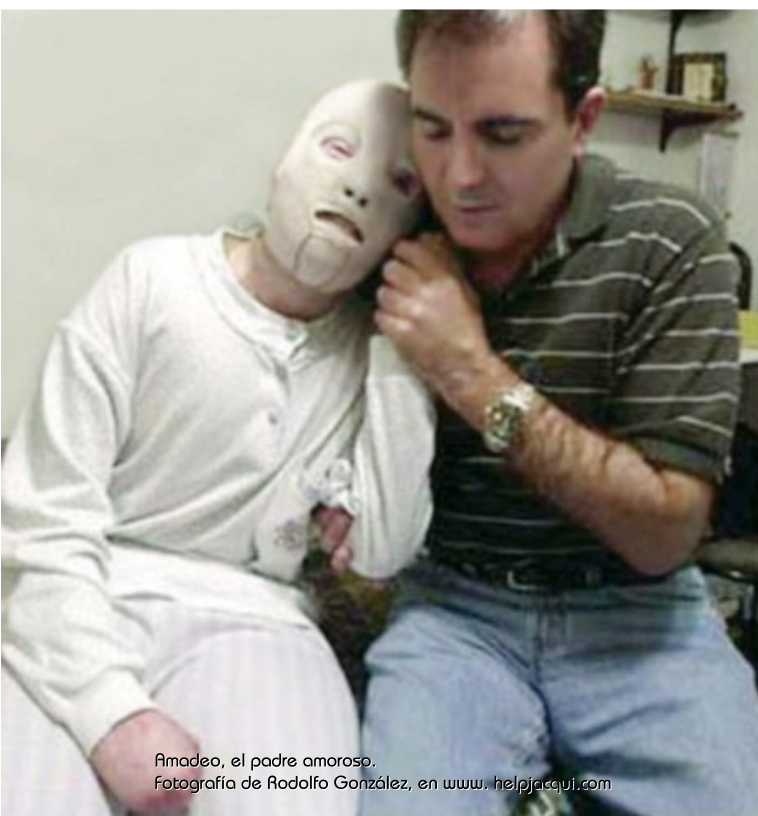
Amadeo Saburido estuvo ahí, fiel y disciplinado hasta en las terapias más absurdas. Cuando le trasplantaron músculo de la frente sobre un ojo, para tratar de cubrirse, sus venas no pudieron drenar el tejido. Los médicos se valieron de una vieja y dolorosa técnica: pegar sanguijuelas al párpado, para succionar la sangre. Su propio padre, paciente y cuidadoso, era el encargado de retirar los parásitos del delicado rostro.

Cuando finalmente fue dada de alta y recuperó algo de visión, Jacqueline llegó a su apartamento, se encontró con sus fotos, su cuarto e, irremediamente, se enfrentó al espejo. Las preguntas, el llanto inicial y el desconuelo fueron prolongados, pero repentinamente concluyeron con un ¡ya!, que la impulsó como un resorte a bailar mambo, por todos los rincones.

Durante estos 6 años, la vida de la joven, apoyada principalmente por su padre, se ha consumido en operaciones, mudanzas tras nuevos especialistas (a Kentucky, a Florida...), tratamientos para todo el cuerpo, que apenas le dejan un pie sano, para palpar la tibieza o el

roce de una caricia. Escribir, manejar, enviar correos, comer, volver a la escuela, han sido labores arduas.

En un par de ocasiones ha regresado a Caracas, a reencontrarse con amigos, a rebuscar su vida en la ciudad. En enero de 2005, según denunció públicamente, fue víctima de discriminación, cuando asistió con amigos a una discoteca en el Centro San Ignacio, en la capital venezolana, y le impidieron el acceso. Además, su tierra le tenía otra mala noticia: su madre enfermó de cáncer en los huesos.



Amadeo, el padre amoroso.  
Fotografía de Rodolfo González, en [www.helpjacqui.com](http://www.helpjacqui.com)

cama del hospital, y las consecuencias se irían sintiendo en cada día de su nueva vida.

### ¿Por qué? ¿Por qué?

La trágica noticia reunió a sus padres en Galveston; pasaron los días de sorpresa, llanto interminable, incertidumbre, dolor, desesperanza, mientras veían el cuerpo de su bella hija aferrándose a la vida, desde una realidad tan ajena, tan indeseada, tan desconocida.

Una mínima percepción visual impidió que Jacqui pudiera percatarse de su nueva

Amadeo encontró, entre las innumerables horas de terapia de Jacqui, una madre guatemalteca, compañera de dolores similares, y ahora de sentimientos. Cuando pueden, padre e hija, viajan a Guatemala, y aprovechan para dar un salto a visitar a la familia en Caracas.

La madre de Jacqui falleció. En 2006, a punto de cumplir 28 años, Jacqueline Saburido sigue siendo un nombre que va y viene por el mundo, con su aleccionadora y briosa presencia, y su búsqueda de alguna novedad. Las cirugías continúan. Lleva más de 50. Poco a poco, ha recobrado algunos dedos y parte de la visión. El gran reto de la ciencia médica, han descrito publicaciones de todo el mundo, es realizar, por primera vez en la historia, una trasplante completo de cara.

### Cara a cara

Tras la operación en la que una francesa pudo recuperar parte del rostro, en Estados Unidos y en Inglaterra se han abierto esperanzas para Jacqueline Saburido. Médicos de la Clínica de Cleveland, Ohio, y del Hospital Royal Free, en Londres, se han entrevistado con la venezolana, quien es una de las candidatas más fuertes.

Y la fuerza no radica sólo en la gravedad de su caso, sino en la férrea voluntad con la que ha enfrentado nuevas cirugías, la muerte de su madre, las miradas temerosas de los niños, las puertas cerradas de algunos sitios públicos, las humillaciones y las fotografías que reiteran la belleza de los días pasados.

Un trasplante de rostro significa un desafío médico, una considerable inversión económica, un alto riesgo, rigurosos tratamientos de por vida, y permanentes discusiones éticas y complicaciones emocionales, ante la posibilidad de heredar la fisonomía de otro ser.

Ni el rostro ni la vida de Jacqueline Saburido se parecen a los de antes, a los de Caracas, los amigos, las fiestas. Una condena de 14 años al conductor ebrio que causó aquel accidente y un gesto de arrepentimiento, no alcanzan a aliviar las cicatrices de la joven venezolana. Y sin embargo ella cree, perdona y lucha.

La expresión “¡pobre chama!” que muchos repiten al conocer su caso, se revierte en el sentir de la propia Jacqueline, quien lamenta que millones de venezolanos y de jóvenes de todo el mundo sigan la rutina: tomar y conducir. ¡Pobres, ellos!



Reggie Stephy: ¿qué se puede hacer con el arrepentimiento?  
Fotografía de Rodolfo González, en [www.helpjacqui.com](http://www.helpjacqui.com)